



Julieta Yelin
Biopoéticas para las biopolíticas. El pensamiento literario latinoamericano ante la cuestión animal
Pittsburgh
Latin America Research Commons
2020
190 páginas



PALABRAS CLAVE: VIDA— FICCIÓN— POSTHUMANISMO—
LITERATURA LATINOAMERICANA
KEYWORDS: LIFE— FICTION— POSTHUMANISM— LATIN AMERICAN LITERATURE

La pregunta por lo viviente: hacía una crítica biopoética

Laura Soledad Romero ¹

Biopoéticas para las biopolíticas resulta una intervención necesaria, potente y creativa, que se propone, de manera rigurosa y transdisciplinar, interrogar el estatuto de la crítica literaria contemporánea. La noción de *bios* en el ámbito de los estudios literarios construye el centro de interrogación del ensayo. El libro prosigue los interrogantes abiertos por la autora en *La letra salvaje. Ensayos sobre literatura y animalidad* (2015). Parte de algunas premisas significativas de lo que se dio a llamar el *giro animal*, motivado por la emergencia de la aparición de los animales en la literatura latinoamericana entre los años cincuenta y principios de los sesenta en pleno contexto de crisis humanista. No obstante, este nuevo libro de Yelin, en el

¹ Laura Soledad Romero es profesora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en filosofía francesa contemporánea, especialmente en su vertiente post nietzscheana. Becaria doctoral de Conicet en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH-UNR). E-mail de contacto: lurasoledadromero@gmail.com

mismo desarrollo, lo transgrede y lo excede para ensayar una (posible) instancia posterior al *giro animal*.

Si en *La letra salvaje* se piensa la vida y la literatura de animales, en *Biopoéticas para las biopolíticas* se expande hacia una conceptualización que, si bien parte del animal, se consagra a todo lo viviente. Para ello, dialoga con una tradición de pensadores fundamentales de la corriente filosófica biopolítica, entre los que se destacan Michel Foucault (sobre todo el periodo que se conoce como “el último Foucault”), Giorgio Agamben y Roberto Esposito. Por otra parte, adquieren relevancia las lecturas nietzscheanas, particularmente la de Vanesa Lemm. Es así como Yelin proyecta un montaje ya no solo desde la vida del animal sino también desde el animal que somos en tanto humanos. Casi como un presagio, el libro se edita en el marco de una pandemia por un virus de origen zoonótico que obligó a resituarnos ante la cuestión de lo viviente. Frente a este contexto el texto cobra aún más relevancia de cara a los debates críticos futuros.

Biopoéticas para las biopolíticas se puede leer como dos partes (o dos actos): “Lecturas” y “Escrituras”. Cada movimiento contiene seis capítulos que retienen en sí un ritmo danzante y que termina con un epílogo que recupera la tensión armónica entre leer y escribir la vida. Tensión que no se resuelve, al contrario, permanece inquieta, porque lanza puntos de fuga para seguir pensando.

La primera parte responde a un entramado de significaciones biopolíticas que funcionan para el desarrollo de la invención yelianiana del concepto de *biopoéticas*. El riguroso conocimiento de las lecturas filosóficas que aborda en el texto le permite a la autora un uso y “abuso” plástico que no recae en una lectura mimética de las conceptualizaciones filosóficas ligándolas sin más a las lecturas literarias, sino que, al contrario, la literatura, en la ensayística de Yelin, pone a pensar a la filosofía.

El libro se hace cargo de las disputas actuales en el seno mismo de la crisis posthumanista; por ello, disputa a la tradición humanista las categorías que otrora definían lo propio de lo humano, fundamentalmente el lenguaje o la posibilidad de creación literaria.

Como ya señalamos, en “Lecturas” se traman constelaciones de significados en torno a la biopolítica para dar cuenta de la invención de lo biopoética. Ahora bien, quisiera detenerme en el armado conceptual de la biopoética como un modo que le permite a la autora hacer inteligible un pensamiento literario de la vida. Lo interesante, entre muchas cosas, del término, es que recorre el camino inverso que tradicionalmente se piensa y se conceptualiza: desde la filosofía hacía la literatura. Si Yelin puede elaborar el sentido de biopoética es porque parte de la posibilidad de la literatura como una institución, en términos de Derrida, capaz de decirlo todo. En ese sentido, el lenguaje, a través de la literatura, encuentra una forma (entre otras) de intervención sobre la realidad.

No es casual la dimensión foucaultiana que abre el libro. Señalábamos que abreva en los textos de Foucault de finales de los setenta y principios de los ochenta, los cuales son considerados por la crítica como un gesto de “abandono” de la literatura por parte del filósofo francés. Yelin los rescata destacando un problema crucial para sus *biopoéticas*: el de los procesos de subjetivación que suponen una serie de procedimientos por medio de los cuales el sujeto llega a observarse, analizarse, descifrarse, a sí mismo, en un juego de verdad a través del cual establece una relación consigo (139). En ese sentido, ya no se trata exclusivamente de una idea de vida como objeto de disciplinamiento o como biopoder, sino que acontece en otro registro como capacidad de resistencia donde escritura y corporalidad reaparecen con fuerza en el corpus literario.

Se trata también de otra forma de percepción porque requiere un ejercicio deconstructivo sobre las condiciones de percepción y a su vez el desmoronamiento de las jerarquizaciones de lo percibido como valioso o digno de ser. En ese sentido, el pensamiento literario de la vida es una lente que permite ver todo aquello que las concepciones clásicas de lo humano habían relegado al silencio. Escuchemos a la propia autora: “La biopoética se plantea, entonces, como un campo de reflexión acerca de esa potencia de desborde institucional y disciplinar que habita en el pensamiento literario de la vida” (155).

La segunda parte del libro se despliega en “Escrituras”. El corpus de lectura denota un carácter heterogéneo: Marosa di Giorgio, Iosi Havilio, Diamela Eltit, Maximiliano Barrientos, Ariana Harwicz, Daniela Tarazona, Ana Paula Maia, Mario Bellatin, Hebe Uhart. Sin embargo, la óptica de la autora los interpreta con cierta sensibilidad común que parecería justificar la elección del conjunto. Pues los textos, respetando sus particularidades, tejen cada uno a su modo nuevos imaginarios literarios de lo viviente (vidas anómalas, emergencia de lo corporal, etc.) que desmarcan las jerarquías en torno de lo humano, casi como si la autora mapeara cierto clima de época en la narrativa latinoamericana. Lo que subyace con fuerza de todos estos textos son materialidades que conforman cuerpos, y recordemos, cuerpo en este contexto significa siempre un *Ello piensa*, cuerpos pensantes:

Parece lícito decir, por tanto, que sin afirmar ni negar nada, haciendo simplemente que lo humano se muestre como efecto precario del lenguaje, la literatura latinoamericana reciente interviene activamente en la discusión filosófico-política actual acerca del estatuto de lo viviente. En esas intervenciones el cuerpo no es sólo un campo de batalla biopolítica, es también una herramienta transformadora, tal vez la única vía posible para rozar lo impensado (149).

Entre los pares que insisten (filosofía y literatura, lectura y escritura, concepto y ficción), permaneciendo en el *entre*, podremos configurar los territorios de lo impensado, que rehúyen la claridad y la distinción y que son materia opaca de la vida, como la vida misma. Desde ese territorio incierto Yelin asume el carácter creativo que rehúye toda disposición dicotómica capaz de encriptar la creación del lenguaje: la vida insiste creando sus propias formas, biopoéticamente, lo que muestra, sin proponérselo, el germen deconstructivo de todo pensamiento.

La literatura piensa; nietzscheanamente hablando, persigue “verdades singulares” y de ese modo instala un terreno de verdad alternativa donde las ficciones cumplen un rol de un (otro) conocimiento, pues si el cuerpo piensa:

El retorno de y hacia la animalidad, entonces, convertiría a la filosofía y a la literatura en artes de la transfiguración, es decir, prácticas portadoras de un paradigma de verdad alternativo que reformula la relación establecida por la metafísica entre verdad y lenguaje articulado o, en otras palabras, entre verdad y humanidad. Se abre así una estimulante línea de trabajo orientada a estudiar las modalidades que asume ese retorno —esos retornos— en las ficciones (103).

Yelin trabaja en el roce y los bordes entre la ficción y la filosofía que su ensayística fricciona una y otra vez. Se podría decir que la articulación de los modos de lectura y escritura se montan en el trabajo de hacer *f(r)icciones*, donde los sustantivos y los adjetivos se trastocan hasta el verbo:

Biopoetizar es pensar en términos de una vida y no en los de la vida, experimentar con nuevas formas de vida que, a su vez, colaborarán en la construcción de nuevos conceptos políticos a través de la generación de contrastes, resistencias, conflictos, en un diálogo que afecta a ambas esferas por igual. Pues no hay modo de deslindar las formas de vida de las formas de pensamiento —así como es imposible discernir, desde esta misma perspectiva, entre lenguaje y experiencia—. El pensamiento literario constituye, por tanto, una fuente conceptual de enorme riqueza: al proponer formas de conocimiento que exceden la esfera racional, la escritura entra en contacto directo con la naturaleza sensible, ambigua, inestable del lenguaje (168).

Se trata de *ficcionar* (friccionar) para *biopoetizar* el mundo (de la vida). Pues Yelin intuye que todo lenguaje, y con ello toda pregunta por sus límites, es eminentemente político y ético. La forma en que lo político se instruye no es solo en el modo de articulación de tramas conceptuales sino también en la apertura de un espacio de resistencia.

El libro cierra para abrir (se). Yelin señala: “escribir es dar batalla” porque el en el fondo (que es siempre superficie) el libro nos conmina a actuar, es decir, a

tomar la palabra, hacer del lenguaje un(a) batalla(r) desde sí, nunca sobre sí, donde cuerpo, animalidad y vida se condensan en un fluido intenso. Se podría decir que cuando la literatura piensa es capaz de crear conceptos y ese concepto “actúa” o, más aún, interpreta un papel en las diversas constelaciones del lenguaje, sea en las escrituras autobiográficas, la ficción o el arte. Porque, en última y en prima instancia, siempre estamos hablando de la vida, de la vida y del lenguaje. Lenguaje que la narra, la trama, la piensa, la vive. Yelin hace actuar a los conceptos y ensaya con la materia del lenguaje formas de conceptualizaciones ligeras, joviales y vivas. Quizás haya que insistir en la interrogación sobre cómo se lee y se escribe (una) vida.

¿Qué hacer, en fin, con el resto inenarrable, insubjetivable de lo que somos? O, más derridianamente: ¿qué hacer en la escritura con el sí mismo en tanto animal? Esa es la pregunta que habilita el y al pensamiento biopoético. Las respuestas están en la escritura y sólo es posible acceder a ellas mediante la escritura (170).